

# Relatos fantásticos de un mundo a cuadritos

*Leonardo Giordanino*



Ediciones del Puente

Giordanino, Leonardo Gabriel

Relatos fantásticos de un mundo a cuadritos / Leonardo Gabriel Giordanino ; ilustrado por Anabella Iris Figueroa. - 1a ed - Río Cuarto : Ediciones del Puente, 2021.

118 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-47706-9-1

1. Cuentos Fantásticos. 2. Narrativa. I. Figueroa, Anabella Iris, illus. II. Título.

CDD A863

## **Relatos fantásticos de un mundo a cuadritos**

© *Leonardo Giordanino*

Ilustraciones de

© *Anabella Figueroa*

Diseño de portada: *Anabella Figueroa*

Diagramación: *Maximiliano Brito*

© *Ediciones del Puente*

Río Cuarto - Córdoba - Argentina

edicionesdelpuente@gmail.com

1ª edición - 2021

Tirada: 200 ejemplares

Impreso en Gráfica del Sur / Córdoba / Argentina

En el mes de marzo de 2021

# Índice

Prólogo.....	7
El caballero y su armadura.....	11
La torre de arena .....	19
Jinete de los hielos.....	27
El laberinto de Hoimos.....	37
El escudo inquebrantable.....	43
Una partida singular.....	49
La pequeña heroína .....	55
El caballo que no lo dejaron ser caballo.....	67
Belenord, la indestructible .....	71
La princesa, el caballero y el duende .....	77
Preguntario .....	117



# Prólogo

Cuando escribí estos cuentos, me preguntaron cuáles fueron mis motivaciones para hacerlos. Podría enumerar unas cuantas pero voy a tratar de explicarles las dos que creo son las más importantes. La primera tiene que ver sobre mi relación con la escritura y la segunda con mi trabajo social.

Desde pequeño me gustó la escritura. Escribiendo cuentos, hasta novelas, transité toda mi escuela, pasando por diversos géneros, aunque debo confesar que la literatura fantástica siempre me atrapó. Aún conservo los relatos que escribí a los seis años y mi primera novela a los diez, como si fueran una pequeña parte de mi alma exteriorizada. También haber crecido en pleno apogeo de *El Señor de los Anillos* y *Harry Potter*, entre otras novelas, marcó mi predilección hacia la fantasía, donde se pueden elaborar mundos completos y personajes tan extraños como divertidos, con la sola imaginación del autor.

Disfruto mucho de la lectura. Es imposible escribir, desde mi punto de vista, sin ser un asiduo lector. Me gustaba mucho observar mapas e imágenes de todas partes del mundo, y tuve (y tengo) curiosidad por las costumbres de esos países que resultan lejanos. Leía sobre desiertos, hielos, montañas, tribus ancestrales, mitología y religión, personajes históricos, desde que aprendí a leer a los tres años, siempre motivado por mis padres y mis hermanos. Me atraían los textos de Oscar Wilde, de Julio Verne y de Emilio Salgari en mis primeros tiempos, para ampliar mi vi-

sión años después con autores extraordinarios como Julio Cortázar o Gabriel García Márquez, por sólo mencionar algunos.

Mi segunda gran motivación fue mi trabajo social con el ajedrez. Enseño este gran deporte, juego, ciencia, arte o como lo definan, desde una perspectiva interesante que intenta hacer nexo con otras áreas del conocimiento, ya sea la música, las matemáticas, el deporte, o el teatro (con este último realizamos una gran obra de teatro en 2019, con cambios de escenarios y musicalización. Muchos de los niños y niñas no conocían un teatro). Sin embargo, ninguna de estas actividades se puede lograr solo. Siempre consulto con mis pares instructores de ajedrez, leyendo trabajos de docentes de otros puntos del país e internacionales, hablando con profesionales de otras áreas, para enriquecer y realizar un mejor trabajo. Y una manera de desarrollar la lectoescritura es a través de la narración, lo cual se hace estupendamente en los espacios culturales y educativos donde actúo.

Cada cuento de los aquí escritos estuvo pensado para preadolescentes, en principio, aunque es abierto a cada lector que desee adentrarse en sus páginas. En ellos (en algunos muy claramente, en otros de manera sutil), hay ideas que pueden trasladarse a un tablero de ajedrez, logrando transformar un tipo de maniobra o movimiento en una historia fantástica.

Deseo enormemente que disfruten de este libro, como yo disfruté escribiéndolo.

Leonardo

*Dicen que los que amaron alguna vez al ajedrez,  
al desaparecer de este mundo,  
llegan a otro donde pueden jugar eternamente.*

*Dedicado a los niños y niñas que alguna vez  
jugaron a este maravilloso juego*





# EL CABALLERO Y SU ARMADURA





**E**n aquellas tierras repletas de cuadritos, en donde todo era blanco y negro tanto en el cielo, como en el suelo, como los castillos y árboles, limpiaba su excelsa armadura un anciano caballero. Le pasaba un lustrametales con brío, y siempre se encontraba impecable, a pesar de que hacía mucho no la usaba. Por más que hubiera sido un guerrero con todos los honores, la edad hacía que no lo invitaran a participar en alguna contienda.

“Ya te vamos a llamar” —le decía el general, cada vez que le preguntaba.

“Has luchado mucho por tu país. Deberías descansar” le recomendaba el vigía de las torres de la muralla.

“No quieren que te mueras” le decía una dama mientras ocultaba las lágrimas en un pañuelo.

Pero la verdad era otra: no lo necesitaban. No podían hacerse cargo en una batalla de un señor como él, y tampoco necesitaban su consejo. Había pasado su tiempo. Otros jóvenes harían lo que él hizo en sus años mozos, pero jamás perdía la esperanza, de lo contrario se sumiría en una profunda tristeza, y sería como existir sin vivir. Sentía que en algún momento su valor, experiencia e inteligencia sería necesaria. No quería ser como un envase descartable, un inútil. Por eso todos los días limpiaba y pulía su armadura; siempre estaba reluciente e impactante.

Cierto día, un grupo de jóvenes soldados, caminaban por donde él vivía, riéndose y gritando a más no poder. Al ver al anciano caballero, lo señalaron y sus risas se volvieron más fuertes.

“¡Ahí está! ¡El viejo del que todos hablan!” exclamó uno.

“Se ríen todos de ti. Saben de las ganas que tienes de seguir al ruedo, pero ya no sirves más” dijo otro.

“El rey quiere gente fuerte. Mejor ve a plantar lechuga, viejo” se burló otro.

Entonces los soldados vieron el galpón en donde guardaba la armadura. Se colaron por una ventana y gritaron:

“¡Acá está esa armadura antigua! ¡Jamás pienses en volver a usarla! Te caerás por su propio peso” se rió otro.

El caballero los miraba tratando de mantener la compostura. La provocación debía ser devuelta con su dignidad, su honorabilidad, su integridad. Pero también sentía ganas de demostrarle varias cosas a cada uno de esos que no entendía el verdadero significado de ser un soldado.

Ojalá todo hubiera terminado allí. El grupo de soldados, que eran seis, comenzaron a jugar con la armadura y luego la tiraron al suelo. Esa gota fue lo último que pudo soportar el excombatiente.

El hombre lanzó un grito, pero eran demasiados. A él también lo tiraron, lo llenaron de barro y pasto, al tiempo que le gritaban cosas como “¡Eres basura! ¡Apenas te puedas mantener! ¡Un minuto en batalla y no lo cuentas!”

Y lo dejaron ahí, impotente, descascarado, con un vacío muy grande en su pecho. Ese día algo había muerto en su interior. Su razón de vivir lo había abandonado. Entonces la armadura se quedó allí en el suelo, arruinándose más y más con el tiempo.

El anciano caballero se volvió huraño, y evitaba todo contacto social. Todos, por aquel entonces, lo llamaban “El loco de la armadura oxidada” burlándose con descaro. Las pocas veces que salía de su casa, nadie le prestaba atención, era un ser “invisible”.

Luego, en un atardecer gélido como cualquier otro de invierno, donde el frío hacía doler los desgastados huesos del hombre, y mientras caminaba por una calle ajetreada escuchó un terrible mensaje:

“Vamos a acabar con el rey esta noche cuando esté cenando. Todo está arreglado”. No pudo ver la cara de quienes estaban conversando, porque en un instante se perdieron entre la multitud.

Y decidió actuar. Nadie le creería la información que había obtenido, puesto que todos lo consideraban mal de la cabeza, pero el rey no podía morir. Era su deber, siempre lo había sido en aquel mundo. ¿Qué traidores serían capaces de cometer semejante atrocidad? Fue a su galpón, y suspirando, arrancó del suelo enterrada su vieja armadura, la limpió y se la colocó. El óxido se veía en algunos lados, puesto a que ya nadie se ocupaba de ella. Se ajustó una vieja espada, juntó algunas cosas más y se dirigió al castillo del rey.

Como miembro de las tropas de elite conocía todos los secretos del castillo: puertas ocultas, pasadizos, escondites, con lo que podría avisarle al rey antes que fuera tarde.

Con paso raudo, cruzó calles, atravesó la muchedumbre, subió a un par de puentes y alcanzó un pequeño santuario enclavado en la roca, a medio kilómetro del castillo. Por una puerta secreta, cubierta de enredaderas se dispuso a llegar al edificio real.

Encendió una antorcha, pues todo estaba bastante oscuro. Los recintos cavernosos previos a las mazmorras de los castillos estaban llenos de humedad y chorreaban agua. A partir de ahora sería todo más difícil: habría muchos guardias en el edificio.

Sorteó cuanto centinela encontró como si fuera un ninja. Años recorriendo el lugar había dado frutos. Y llegó al gran comedor. El rey estaba cenando en una mesa larga con su hija, mientras conversaban tranquilamente. Y esperó.

Pasaban los minutos y nada fuera de lo normal ocurría. Pensaba entonces que la comida tendría veneno, pero tanto la hija como el rey comían de la misma fuente. Y luego lo vio. Sobre el monarca había una gran araña que pendía de un hilo, como si hubiera sido cortada. En cuestión de segundos se desprendió.

Con un grito estruendoso, corrió hasta el rey y lo empujó. El soberano se salvó pero él recibió de lleno todo el peso. El monarca, sorprendido, quitó el yelmo para saber quién había sido su salvador. Y lo reconoció: era aquel anciano que una y otra vez le pedía misiones. En vez de demostrar resentimiento, le había rescatado.

“¿Por qué lo has hecho? ¡Hija, busca a un médico!” la muchacha corrió horrorizada.

“Es nuestro deber proteger al rey. Aunque deba sacrificarme para ello. No me queda... mucho tiempo. Antes debo decirte... que esto no fue... un accidente” haciendo acopio de sus últimas fuerzas, pudo advertirle de lo que había sucedido.

El gobernante, logró encontrar entonces a los enemigos: eran impostores de otro reino. Y para reconocer el gran sacrificio del caballero, hicieron una estatua en el centro de la plaza más hermosa del país para que todos recordaran su valentía y para que no se olvidaran de las personas mayores.